

ELOGIO DE UNAS BOTAS VIEJAS

A mí, personalmente, los escaparates donde se exponen las últimas modas y los últimos perfeccionamientos no me entusiasman. Es quizá porque todo lo pasa uno por el filtro literario y porque todo lo que nos coja a desmano cae en el desenfoque. Sea por lo que sea yo he tenido siempre una marcada inclinación por todo lo antiguo.

Quizá porque la actualidad es la auténtica vida latente y por tanto nos sea fácil tomarle el pulso; quizá porque a nosotros nos encante poner en juego la imaginación ante la cosa muerta, desmayada en el olvido; quizá por lo que esto tiene de caridad, de intento de rescate, de justo elogio por galantería, por elegancia ante la presencia de lo que ya no es, disimulando un poco la vergüenza de que seamos ahora nosotros los que somos.

A mí me ha gustado siempre—sin desear moverme para nada de mi tiempo—contemplar el panteón terrible, en cuya fosa está tendido el siglo XIX, como un caballero republicano, retórico e inútil, fantasmón muerto de sueño de cien años, de tristeza de siglos y de chocolate con agua y esponjado. Me ha gustado contemplar el fracaso, el derrumbamiento de todo lo que no era más que la huida de la sinceridad, que el miedo al sol de España. Me ha gustado encaramarme en mi tiempo para poder reflexionar ante los desflecados entusiasmos de otra época llena de orgullo, de necesidad y de necedad, de ambición frenética, de ambición a borbotones líricos, atronadores e inútiles, porque después nadie se adelantaba para doblar el espinazo ante la tierra fértil y abandonada de España, entonces seca y agrietada, porque todos querían ser cabeza de ratón y nadie se contentaba con ser cola de león.

Pero, a pesar de todos los inconvenientes, lo inactual es únicamente lo que nos entusiasma. Estas botas de don Pío Baroja, que no han sido nunca nuevas, que ya no se usan, que nunca fueron modernas ni elegantes, pero que, sin embargo, las calzó el novelista "dandy" inmunizándolas de todo lo plebeyas que eran. Porque estas botas viejas son como de comerciante muerto, de cura párroco del último rincón del mundo, de maniquí vestido en el escaparate de una tienda de trajes de alquiler, de sacristán tuberculoso.

En Baroja la personalidad empieza por las botas. Es un hombre que parece haber nacido ya con botas y a quien no se le concibe de sandalia ni de zapato de charol.

Baroja ha usado siempre botas, como si su literatura estuviese apoyada en ellas, en el calzado más serio, de más empaque. Y además las ha colocado en una mesilla de noche, que puede ser una vitrina en donde se colocan con los pies bien juntos, como para pasar de la vida prosaica a la inmortalidad de un salto acrobático. Es una mesilla funeraria, hecha con tabla y con cristal de ataúd, para darle más patetismo, para colocarlas dentro de su clima.

Las botas barojianas gastaron sus tacones por el paseo de las Acacias, por la Ribera de Curtidores y por todos esos arrabales madrileños, polvorientos caminos de "La Busca", donde los traperos esperan, una a una, todas las auroras del año para salir con su carrito en busca de inmundicias.

Son unas botas reseacas, que ya quisiera "Charlot" para él, porque con ellas no hay artista que pueda fracasar ni extraño se-



ñor que no quede ante los desconocidos como un caballero español.

Estas botas tienen todavía la señal de los tacones de Valle-Inclán, los tropezones de la torpeza del caminante, los forros desgarrados, porque los pies que se metían en ellas no se valían del calzador y entraban como podían, un poco retorcidos y un mucho forzados, como pies que no bailaron nunca. Porque él no supo demasiado para qué le servían, puesto que su preocupación de siempre, su gimnasia y su agilidad está en la cabeza, que es para lo que vive y de lo que quiso vivir.

Las botas de Baroja son de las que no se rompen nunca por viejas que estén, ni de las que no pueden mancharse jamás.

Por las botas se sabría la nacionalidad del caminante, porque botas como éstas no pueden ser de ningún modo francesas ni inglesas, sino españolas a gritos, fabricadas en aquel tiempo en que el zapatero hablaba de política y les daba a los chicos de la vecindad un puñado de cerezas por los cristales que se rompían en el vecindario, con los cuales él raspaba las suelas de las botas que componía.

El "dandy" es el que sabe llevar las botas y el que las lleva sin pasarlas por los betuneros. Ese es el verdadero "dandy", y no el petimetre de hoy con zapatito cursi de go-

mas elásticas y limpieza diaria. Ese sería un dandysmo al alcance de cualquiera. Porque el dominio de la bota no es para todos y mucho menos el saber llevarla con los tacones torcidos y la puntera levantada como una babucha.

El dandysmo no tiene nada que ver con que el caballero sea rico o sea pobre, sino simplemente con que el caballero sea "dandy" y eso es un secreto que se trae de las nubes cuando se nace, porque "dandy" ya se es en la manera de andar descalzo.

Con estas mismas botas quizá puso don Pío Baroja aquel frac inolvidable de la noche de su ingreso en la Academia, aquel frac que era más frac que el de los demás, que lo ponían frecuentemente y que tuvieron la más descomunal sorpresa ante el descubrimiento de un dandysmo inesperado.

Estas botas, de un número que es un disparate, en cuyo interior duermen los fantasmas de día y los ratones de noche, están ahora reincorporadas, en plena actividad como botas de caminante resucitado, que vuelven otra vez a los caminos de Vera del Bidasoa.

Y la mesilla de noche, vitrina de madera negra, está abierta como un ataúd, vacía y patética...

Marino GOMEZ-SANTOS